Lección 1
(25 de Junio al 2 de Julio de 2011)

La adoración en Génesis: Dos clases de adoradores

Ozeas C. Moura [1]

Introducción a la temática del Trimestre

Muchos se preguntan por qué la Biblia habla tanto de adoración y de que debemos adorar a Dios. La verdad es que en el ser humano hay una voluntad innata para adorar. Es decir, tiene necesidad de adorar, porque así fue creado. Está claro, esa adoración debe ser dirigida al Dios verdadero. Cuando eso no ocurre, los seres humanos adoran a cualquier cosa o ser: a la riqueza; a la fama; al estatus social: a cantantes, actores, políticos (aunque, en rigor de verdad, estos últimos están en descrédito en esta parte del mundo, y creo que en el resto también), y hasta a sí mismos.

Dios nos dice que debemos adorarle, que Él debe ser el primero en nuestra vida, que sus intereses deben estar antes que los nuestros. Esto puede parecer hasta egoísta de parte de la Divinidad, pero no lo es. El hecho es que Dios no necesita de nuestra adoración, pues Él se basta a sí mismo. En rigor de verdad, somos nosotros los que necesitamos adorarlo. La adoración a Dios es para nuestro beneficio, pues cuando lo adoramos, desviamos el foco de nosotros mismos, lo que contribuye a la lucha contra el egoísmo propio con el cual todos nacemos.

Además, somos moldeados a la imagen y semejanza de aquello que adoramos. Si adoramos a una cosa o a una persona, la tendencia es que nos hagamos semejantes a ellas. Si, por el contrario, adoramos a Dios, nos volveremos más y más semejantes a Él. Podemos notar, entonces, que no hay neutralidad en esta cuestión de la

---

[1] Doctor en Teología Bíblica, en el área de Antiguo Testamento. Fue pastor distrital durante doce años en varias iglesias de Brasil. Trabajó como redactor de la Casa Publicadora Brasileira durante tres años, además de enseñar Teología durante nueve años en el Instituto Adventista del Nordeste. Actualmente es profesor de Teología en la Universidad Adventista de San Pablo, campus Engenheiro Coelho.

adoración. Así, nos corresponde a cada uno escoger a quién adorar (Josué 24:14, 15).

¡Qué sea al Dios verdadero!

La adoración en el Edén

Como no podía ser de otra manera, la Lección de esta semana aborda la cuestión de la adoración en Génesis, el primer libro de la Biblia, y las dos clases de adoradores representados en él.

El relato bíblico declara que todo lo que había sido creado era buen y perfecto, incluyendo esto a la relación entre Dios y el ser humano. El sábado entonces fue separado del resto de los días de la semana para ser un día especial de compañerismo entre el ser humano y Dios, un día dedicado a la adoración del gran Creador y Sustentador.

Aunque no tengamos mayores detalles de cómo se adoraba, podemos imaginar el encuentro semanal entre Dios y la primera pareja. Dios se encontraba con Adán y Eva, conversaba con ellos, les preguntaba cómo había sido su semana, lo que habían hecho, qué preguntas les gustaría hacer. Les manifestaba su gran amor por ellos y les recordaba que debían permanecer bien lejos del árbol del conocimiento del bien y del mal, pues de eso dependía la vida y la felicidad de ellos. Nuestros primeros padres, a su vez, le contaban a Dios su admiración por la sabiduría divina presente en la creación de tantas cosas y variadas, de cómo se sentían felices en aquél Jardín y cómo apreciaban ese encuentro semanal, en el que podían agradecerle a Dios su bondad y amor por ellos.

Pero luego de haber desobedecido las órdenes divinas respecto de no comer el fruto de aquél árbol, comenzaron a sentirse extraños: se vieron desnudos y se hicieron unas extrañas ropas de hojas de higuera. Tuvieron temor de Dios y se escondieron de Él. El Creador ya no era bienvenido en el encuentro sabático semanal. La dulce sensación de bienestar, resultante de los momentos de comunión y adoración, dio lugar al temor, y al deseo de huir y aislarse de Aquél que los había creado. ¡Cuántos cambios (para el mal) se produjeron con la entrada del pecado, especialmente en lo tocante a la adoración!

Adoración fuera del Edén

Debido al pecado, nuestros primeros padres fueron expulsados del Jardín del Edén. Por consiguiente, por ser pecadores, ya no podían disfrutar más de la agradable compañía de Dios. Pero no fueron dejados a merced de la desesperación y los poderes del mal. Antes de tener que abandonar aquél hermoso jardín, Dios les dio la reconfortante promesa de que el Mesías nacería de su descendencia, quien terminaría hiriendo la cabeza (golpe mortal) de la serpiente, símbolo de Satanás, el gran engañador (Génesis 3:15). Un día, la adoración cara a cara con la Divinidad sería retomada.

En Génesis 3:21 dice: “Y Dios el Señor hizo al hombre y su esposa túnicas de pieles, y los vistió”. Las vestiduras de hojas de higuera fueron sustituidas por otras más durables, pero que le costaron la vida a un animal, probablemente un cordero, que murió en lugar de la primera pareja. A través de esa primera muerte, nuestros padres tuvieron una vislumbre del gran amor de Dios, quien moriría para salvar a la humanidad.

Abel aprendió de sus padres acerca del sacrificio de animales como un tipo del sacrificio que sería llevado a cabo por el Mesías. Entendió el significado de esa muerte y la puso en práctica, presentando una ofrenda “de los primerizos de su rebaño” (Génesis 4:4). Abel representa a los que entienden que la justificación es posible por la fe, a través de los méritos del “Cordero de Dios” (Juan 1:29). Su hermano, Caín, al traer “del fruto de la tierra” (Génesis 4:3), representa a los que intentan agradar a Dios con sus buenas obras; o sea, que adoran a Dios a su modo, de manera equivocada, contando con los méritos propios. La adoración de Caín no fue aceptada porque no estaba centrada en Dios ni en lo que Él podía hacer por la humanidad caída, sino en el hombre y en aquello que éste “podía” hacer para Dios.

Dos líneas de adoradores

Bien temprano puede verse la degradación moral en la historia humana: Caín mató a Abel, su hermano, justamente a causa del modo correcto con que éste adoró a Dios (Génesis 4:8). Lamec, descendiente de Caín, se volvió polígamo y asesino (Génesis 4:19, 23). Estos son ejemplos de la clase de personas que se adoran a sí mismas. Una vez que Dios aceptó el sacrificio del hermano menor, no el de Caín, éste quedó más preocupado con su posición de primogénito que con las orientaciones divinas y la vida de su hermano. Lamec tenía su reputación tan en alza, que mató a dos hombres por sentirse ultrajado (Génesis 4:23).

Por otro lado, vemos que había quienes seguían al Dios verdadero, adorando correctamente. Se unieron a Adán y Eva, su hijo Set y luego Enós, quienes invocaban (adoraban) correctamente “del nombre (persona) del Señor” (Génesis 4:26).

Pero la terrible fuerza del mal continuó operando en la humanidad. Con el transcurso del tiempo, hasta incluso los verdaderos adoradores sucumbieron al falso brillo del mundo. Comenzaron a mezclarse con los descendientes de de Caín por medio del casamiento. Es posible que, al comienzo, pensaran que podían ganar al cónyuge para la verdad, pero el resultado fue opuesto al esperado. Dejaron de adorar al verdadero Dios y se volvieron idólatras y llenos de violencia (Génesis 6:5). Y Dios tuvo que intervenir enviando, luego de ciento veinte años de gracia, un Diluvio sobre toda la tierra. De millares de seres humanos, se salvaron únicamente los adoradores al verdadero Dios: Noé y su familia.

Llama la atención el hecho de que la primera cosa que Noé hizo al salir del arca fue erigir un altar y en él ofrecer sacrificios al Señor (Génesis 8:20). Al adorar de ese modo, este patriarca reconocía la bondad de Dios para con él y su familia, así como demostraba su fe en el Mesías venidero.

La fe de Abrahán

Abrahán, descendiente de Set, fue fiel a Dios, aunque algunos de sus parientes fueran adoradores de ídolos. Se nos dice que hasta su padre Taré adoró a otros dioses (Josué 24:2). Fue para apartarlo de ese ambiente de falsa adoración que Dios le solicitó a Abrahán que saliera de Ur de los Caldeos y fuera hasta una tierra que le sería mostrada. Sólo así podría convertirse en el padre de una nación de adoradores al verdadero Dios.

No hay dudas de que Abrahán y Sara influyeron en muchos respecto de la adoración al verdadero Dios. Por dondequiera que iba, este patriarca levantaba altares (Génesis 12:7; 13:4, 18), ofreciendo en ellos sacrificios invitando al acto a todo su campamente, incluyendo a sus vecinos cananeos, para adorar al Dios verdadero. [2]

Pero la fe del patriarca Abrahán fue severamente probada. Dios le pidió que ofreciera en sacrificio a Isaac, el único hijo que había tenido de Sara. Con esta experiencia, Abrahán aprendió algunas lecciones vitales y dolorosas. Cuando levantó el cuchillo para inmolar a su hijo, Abrahán pudo captar una vislumbre de lo que le acontecería al Mesías. Por eso Jesús dijo; "Abrahán, vuestro padre, se gozó en que vería mi día. Y lo vio, y se gozó" (Juan 8:56). El regocijo de Abrahán de puede entender en el hecho de que, a través del sacrificio del Mesías, se cumpliría la promesa hecha a Adán y Eva de que el Descendiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente (Génesis 3:15), y el mal llegaría a su fin.

Bet-el, la casa de Dios

A semejanza de Caín y Abel, los hermanos gemelos Jacob y Esaú representan dos clases de adoradores. Imitando a Caín, el pelirrojo Esaú era impuro y profano (Hebreos 12:16). Se adoraba a sí mismo. Dio libre curso a sus gustos (cambió su derecho a la primogenitura por un plato de lentejas) y sus ideas (se casó con mujeres cananeas e idólatras). El tiempo que debía pasar en adoración al verdadero Dios lo gastaba saliendo de caza.

Jacob, su hermano, parecía ser más espiritual. Pero también tenía serias fallas de carácter. Como sabemos, se aprovechó del hambre y el cansancio de su hermano Esaú para hacerlo vender su derecho a la primogenitura, mintió a su padre Isaac y lo engañó, haciéndose pasar por Esaú. Como resultado de este engaño, Jacob tuvo que huir a Harán para no morir a manos de su hermano. En la escapada, tuvo un encuentro con Dios.

Luego del sueño con la escalera que conectaba la tierra con el cielo, Jacob reconoció a Bet-el, el lugar en el que Dios se le había aparecido, como "casa de Dios y puerta del cielo" (Génesis 28:17). De hecho, Bet-el significa exactamente "Casa de Dios". Para señalar aquél lugar de encuentro con Dios, el patriarca erigió una columna o pilar y la ungió con aceite (Génesis 28:18). Luego de eso, hizo un voto de continuar siendo fiel a Dios y de devolverle fielmente el diezmo (Génesis 28:20-22), como un acto de adoración y reconocimiento por las bendiciones recibidas. Esa parece ser

---

[2] Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 121.

la primera vez en la Biblia en que la devolución del diezmo está claramente vinculada al acto de adorar.

Los acontecimientos en Bet-el muestran que la “Casa de Dios” es cualquier lugar en el que Dios se encuentra con el creyente, ya sea en un suntuoso templo, ya sea en medio de las piedras, como Jacob se encontró con el Señor en aquella noche, cuando usó una de ellas como almohada. Muestra también que la actitud correcta del pecador a la aproximación divina debe ser de reverencia y respeto, consciente de su pecaminosidad y de la gran misericordia de Dios.

Ozeas Caldas Mouras
Profesor de Teología
Univ. Adventista de San Pablo
Campus Engenheiro Coelho



Traducción: Rolando D. Chuquimia

© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática